



VENGO DEL SOL (1)

Romina tenía la mágica frescura de la adolescencia. Su mirada era como un saludo, su sonrisa casi una advertencia, como una canción de bienvenida. Seguramente, nadie hubiese dejado de mirarla aquella tarde cuando la conocí, hace ya más de quince años. Había llegado al consultorio aquejada por problemas urinarios. Tenía una despreocupada apariencia y una oportuna razón para comenzar a vivir: el divorcio de sus padres era la ocasión para independizarse de una madre tan ausente como llena de prejuicios y de un padre de rigidez militar y con esa severidad a la que nunca se logra conformar. A los 19 años, con una historia de vida breve y al inicio de una carrera universitaria, su propósito inmediato y su mayor anhelo eran asumir con intensidad esa lograda libertad. Romina era simple, sencilla, acaso sensible, en parte variable y algo indiscreta. Pulsatilla curó su cistitis y por un tiempo no la vi más.

Dos años después me volvió a visitar. No parecía la misma. Los antiguos vestidos cortos de seda, despreocupados de viento, habían transmutado en ajustados pantalones de cuero. La cara demasiado pintada y de diferente expresión anticipaban el oscuro relato que iba a referirme. Me contó que vivía con un hombre mayor, que había abandonado la facultad y que de vez en cuando se drogaba. Solía tener- me dijo entonces- relaciones paralelas con otros hombres ya que la libertad con que se había estructurado la pareja así lo permitía. Narraba los hechos con una sonrisa negligente y despreocupadamente agregó que en ocasiones cobraba dinero por mantener relaciones sexuales, practicando una especie de “prostitución de entre-casa”. Retomó el tratamiento homeopático; cada tanto venía a consultar por sus problemas ginecológicos que el especialista no lograba curar y a los que

yo cada vez prestaba menos atención. En innumerables oportunidades, enfrentado a su historia clínica, traté de explicarme el porqué de los fracasos de los sucesivos y diferentes remedios que le había prescrito durante cuatro años, tratando de comprenderla y buscando la causa profunda de su desequilibrio.

Los homeópatas sabemos que en cada paciente debemos comprender lo digno de ser curado, siguiendo fielmente los principios fundamentales de la Homeopatía. Sin embargo, cabría preguntarse: ¿cómo llegar a discernir en cada caso qué es lo que se debe curar?, ¿Qué método utilizar para descubrir nuestro objeto?, ¿de qué manera abordar al enfermo?, ¿cuál puede ser el tipo de acercamiento cognoscitivo que nos conduzca a encontrar ese núcleo patológico fundamental y fundante de todos los trastornos?.

Hahnemann propone en el p. 104 que, luego de trazar el cuadro de la enfermedad, de todos los síntomas que lo conforman deberemos escoger un pequeño grupo con el fin de oponerle a la enfermedad así trazada una sustancia experimentada y conocida que surja de la lista de medicamentos y que cubra esos síntomas que llamamos característicos. El problema radica sin embargo en el hecho de que, a lo largo de estos 200 años, diferentes homeópatas hemos comprendido de distinta forma “lo característico” y las jerarquizaciones que han surgido, al interpretar las enseñanzas de Hahnemann, han sido absolutamente divergentes. Unos han escogido sólo los síntomas mentales por considerarlos esenciales, otros creen ver en los locales una importancia que les niegan los que sostienen la validez de los generales. Para algunos, además, lo primordial es la intensidad cuando otros apoyan la importancia de la antigüedad. Hay quienes han hecho una división miasmática de los síntomas, que al menos Hahnemann nunca definió, y otros en cambio se guían por la imagen. Por eso, si se privilegia el miasma actual, el que predomina, el hoy del paciente, o si es la historia lo que prevalece, o si en cambio lo más nuclear es lo más notable, lo raro, lo nosológico o incluso, aquello que se intuye, habrán de determinarse diferentes maneras de escoger, del trazado del cuadro de la enfermedad, los síntomas que llevarán a establecer, como

lógica consecuencia, listas diferentes de remedios lo que nos llevaría a ejercer, entre los unicistas, una especie de “complejismo colectivo” a la hora de indicar el medicamento.

La Homeopatía se basa en un conocimiento fenomenológico en el que el médico, como sujeto en esa relación cognoscitiva, se va a ver influido, marcado, determinado por la observación del desequilibrio de la energía vital del paciente, desequilibrio que se hace evidente en los síntomas más notorios. El médico se hace entonces una imagen de ese objeto a conocer que se manifiesta en la totalidad de los síntomas y que como tal habrá de ser lo más completa posible. Todos los síntomas deberían permitir el dibujo del desequilibrio como si fuera el trazado de un objeto pictórico.

Hahnemann nos indica que el médico no debe hacerse una imagen de la enfermedad partiendo de los remedios que ya conoce, lo que, de alguna manera implicaría forzar la figura para hacerla coincidir con un dibujo previo, una aplicación desacertada del lecho de Procusto; antes bien, nos pide una observación libre de prejuicios, una mirada en cierto modo ingenua pero profundamente lúcida que colecte los síntomas que van a guiar la prescripción. La comprensión de la enfermedad deberá hacerse a partir del cotejo comparativo de los remedios candidatos. Si hemos hecho una verdadera escrutación sintomática, si hemos tratado de discernir escrupulosamente todos los datos que nos ha presentado el paciente, veremos que algún medicamento será capaz de permitir una nueva lectura de la totalidad sintomatológica en la que “todos los síntomas del caso podrán ser lógicamente combinados en un todo armonioso y consistente, que tenga forma, coherencia e individualidad”

Un día, Romina llegó al consultorio con una inexplicable alegría. Yo ya estaba acostumbrado a la exaltación que producía en ella la cocaína que con el tiempo había ensanchado su rostro y hundido la nariz en la cara. Me reveló que estaba embarazada de tres meses y más allá de no saber quién era el padre, estaba paradójicamente contenta. Su preñez la había puesto muy feliz, aun cuando su pareja, con la que ya no se llevaba bien, la había dejado. Extrañamente, su clientela había aumentado en forma significativa: “a los

hombres les soy más atractiva embarazada”- me dijo. Yo hubiese preferido no asistir a semejante confesión.

Romina llegó al parto como dormida. Con una casi ingenua confianza nació Nahuel. El obstetra lo colocó en el pecho de la madre; por un momento, madre e hijo se miraron “me siento tan oscura frente a él tan lleno de sol- se dijo Romina- y, al instante Nahuel murió. “De muerte súbita” - dijeron los médicos.

El 2 de septiembre de 1992, siete semanas después del parto y a dos días de salir de la clínica donde la habían internado luego de un intento suicida, unas amigas la trajeron a consulta. Estaba en un estado de total abstracción. “Me miró-decía- me miró desde el sol”. No me atreví a comprender nuevamente a esta mujer enceguecida, ¡tantos habían sido mis fracasos intentando ayudarla!. Mientras ella dormía recostada en la silla releí la historia de su vida, largamente anotada en la ficha clínica.

La totalidad sintomática está representada por dos planos confluentes: el plano del tiempo en el que un síntoma repetido, es decir histórico, es más importante que uno actual, y el plano de la manifestación de la individualidad en el que un síntoma mental es de mayor entidad que uno local, del mismo modo en que la modalidad y la intensidad hacen a un síntoma más característico. Hice entonces una lista con todos los síntomas de Romina y los ordené en la, por entonces, recién creada “planilla de modalizaciones” que los clasifica de una manera particular, y repertoricé los más históricos y modalizados siguiendo el método de la Homeopatía Pura: 1) solo agrava, 2) ilusión de que ve demonios, 3) vértigo a los lugares altos y 4) aversión a los dulces.

En la patogenesia, en uno de los remedios que cubrían la mitad más uno de los síntomas, creí ver la imagen de Romina: *caos, culpa, cree que va a ser juzgado por su conducta pecaminosa; hastiado de la vida con disposición suicida, tiene falta de confianza y descorazonado teme a la muerte; trastornado por excesos sexuales; desea mantenerse callado; humor variable, alternando alegría con tristeza, es tímido y colérico; débil y le escapa a la luz.*

Sin conocerlo suficientemente bien, prescribí Zincum mil.

Lentamente, como suele hacerlo, Zincum la fue mejorando. Al cabo de tres meses la tristeza la estaba abandonando. La reaparición de algunos síntomas antiguos indicaban la profunda acción del remedio.

A los dos años de tratamiento con Zincum, Romina estaba francamente recuperada. Retomó sus estudios universitarios, no se prostituyó nunca más ni volvió a consumir drogas. Se casó con un hombre al que quiere mucho y tuvo dos hijos. Fue distinguida con la medalla de honor al mejor alumno de su promoción y actualmente dicta clases en la facultad de Ciencias Exactas.

Pocas veces asistí al milagro de ver convertido un individuo en persona -como quería Paschero: “ *los actos de un individuo son la existencialidad de su esencia, su personalización*”, “*personalizarse es un proceso de perfectibilidad en el que a través de los valores que cada hombre existencializa, según sus aptitudes o vocaciones, alcanza su realidad espiritual*”- o como lo pretendía Hahnemann cuando sostenía que “ *en el estado de salud la fuerza vital inmaterial gobierna como dinamis ilimitadamente, anima el cuerpo material y mantiene todas sus partes en admirable y armonioso funcionamiento vital en cuanto a sentimientos y acciones, de modo que el espíritu racional que habita en nosotros pueda servirse libremente de ese instrumento vivo y sano para el fin más alto de nuestra existencia*”.

Pocas veces he asistido a tal curación, a una conversión tan amplia. ¿Qué es lo que impide que lleguemos a ella en otros casos? ¿Es falta de comprensión?, ¿carencia de inteligencia o de intuición?, ¿escasos conocimientos? o ¿la comisión de errores en la aplicación de un método que es todavía perfectible en tanto imperfecto?

Hace un tiempo, en el último aniversario de la muerte de Nahuel, Romina me dijo “*siempre esperé encontrarlo y hablar con él en algún sueño; él vino a salvarme desde la luz y murió para quedarse conmigo para siempre*”.

Cierto es que la vida de las personas es siempre una realidad potencial para el poeta. Quizá, sin conocerlos, haya sido para Romina y Nahuel que Eugenio Siccardi escribió:

Apenas un movimiento imperceptible
de la cabeza
apenas una mirada para reconocerlos.
Abrió los ojos y los cerró
como en un sueño.

Hasta pronto- hubiera dicho-
pero no quiso ensuciarse
de lenguaje terrenal.

Entonces, ¿por qué no esperar
una palabra, al menos, o un llamado
del que estuvo aquí
y siguió incontaminado
su camino?

Unos pequeños momentos le bastaron
para quedarse eternamente. (2)

Como homeópata, siempre he creído que, para comprender la transitoriedad de la vida en sus dos estados, la salud y la enfermedad, se necesita cierta filosofía y el método puro de la Homeopatía, pero, como hombre, creo que para matar la muerte es casi imprescindible algo de paz y la caricia esperada y milagrosa de la poesía.

(1) Presentado en el 24º Congreso de Homeopatía Brasileiro, Gramado, Brasil, año 1998

(2) Eugenio Siccardi, poeta argentino contemporáneo. “*Estupor por el recién nacido muerto*”